



Carlos Osoro Sierra
Arzobispo de Oviedo

Con los jóvenes de Asturias «LLENA ERES DE GRACIA» 2ª Catequesis en los encuentros de oración

Marzo de 2003

Es nuestro segundo encuentro de oración. Hoy quiero que escuches en lo más profundo de tu corazón, con la misma actitud con la que «*Jesús subió a la montaña*», aquella expresión que dirigió el ángel del Señor a la Virgen María en la Anunciación: «**llena eres de gracia**», una expresión que es lo mismo que decir: Estás llena de Dios. Es la riqueza que Dios aporta a la existencia humana, la invasión de la persona humana por el amor de Dios.

La gracia es un favor de Dios que se manifiesta en la persona humana santificándola y comunicándole su propia vida. ¿Sabes lo que significa que Dios sea quien ilumine la persona, le proporcione su luz, mueva su voluntad hacia el bien, es decir, mueva toda su existencia hacia la práctica de ese doble mandamiento del amor, como es amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo? ¿Sabes lo que supone que sea Dios mismo quien transforme tus sentimientos y penetre toda tu vida personal, incluso en las regiones más oscuras y las abra a su luz?

Lo mismo que el Señor dijo a María, «llena de gracia», te lo dice hoy a ti. Tú también puedes estar lleno de Dios y no por tus esfuerzos, sino gratuitamente. Es el poder soberano de Dios, y no tus acciones o tus méritos, lo que hace que tu vida esté llena de gracia por puro amor y gracia de Dios. Tú has sido cogido y elegido de tal manera por Dios que, sin merecer nada, te da todo; te da su propia vida para que vivas de ella y no de la tuya, o de la de otros que son como tú. Déjate hacer por Dios. Recibe lo que Él te da. Déjate llenar por Él y verás que lo tienes todo, no necesitas más. A quien llega la gracia le sobra todo. Tu persona cambia cuando es Dios mismo, con su fuerza y con su amor, quien la llena y quien la dispone para obrar. La gracia del Señor llega a tu vida de maneras diferentes, pero sobre todo en el encuentro que tienes con Jesucristo en los Sacramentos. Llegó a tu vida en el Bautismo, donde recibes la vida de Dios que ya nunca te abandonará aunque tú le abandones; llega a tu vida en la celebración de la Eucaristía y en la comunión real con su persona; llega a través del Sacramento de la Penitencia cuando te acercas realmente a Nuestro Señor a través del sacerdote que lo hace visible, para pedir que te perdone; llega en el Sacramento de la Confirmación cuando el Señor te da fortaleza por el Espíritu Santo y te hace entender que ninguna cosa es imposible para Dios, y así el Señor difunde su gracia.

Detente un instante y escucha lo que el mismo Dios, a través del ángel, dijo a María: «**llena de gracia**». También hoy Dios te está diciendo que es capaz de transformar tu propia vida cuando entra en ti su «Vida», que es incomparablemente superior y más poderosa que cualquier otra experiencia o situación. La gracia que te entrega Jesucristo te hace participar de la naturaleza divina y te introduce en una relación de filiación –como el Hijo de Dios– y se va desarrollando por la fuerza del Espíritu Santo. Busca espacios para dejar entrar a Dios en la vida, en la tuya propia. Abre de par en par las puertas a Jesucristo. No tengas miedos a nada ni a nadie.

¿Sientes la tentación de ignorar esta situación nueva a la que te lleva la vida de Jesucristo? Una manera de no caer en la ignorancia es que mantengas momentos de oración, de diálogo con el Señor; que tengas tiempos de escucha de la Palabra de Dios; que celebres la fe participando de los Sacramentos, especialmente de la Eucaristía y la Penitencia. Así entenderás el Evangelio que en esta oración de hoy hemos proclamado: Mt 5, 1-16, el Evangelio de las Bienaventuranzas.

¿Cómo puede ser que a las personas que sufren, que padecen situaciones tremendas, el Señor les diga bienaventurados, felices, dichosos? Solamente lo comprenderás si descubres que estos hombres y mujeres, de los que nos hablan las Bienaventuranzas, se habían encontrado primero con la única *Bienaventuranza* que es Jesucristo. Él es la dicha; en Él está la felicidad; con Él descubrimos la bienaventuranza, y recibimos su gracia precisamente cuando lo

encontramos. Es con Él, desde Él y en Él, donde todo lo descubrimos y lo vivimos como nuevo, porque en Él todo es nuevo y todas las cosas se renuevan.

Te invito en esta noche a que, con la intercesión de María nuestra Madre, escuches de una manera singular las mismas palabras que aquellos hombres y mujeres que subieron al monte de las Bienaventuranzas oyeron de Jesús: dichoso, feliz, bienaventurado.

María es el primer ser humano que experimenta que Dios es *Bienaventuranza*. Haz como María: ¡llénate de Dios!. El Señor quiere llenarte de gracia. Lo hace sin merecimientos especiales por tu parte. Pero el Señor es así: te quiere entrañablemente. Lo único que hace falta es que tú, como los primeros discípulos, hagas esto hoy: «*Subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron*». Acércate al Señor.

Con gran afecto, te bendice

+ Pablo, Arzobispo de Oviedo
